

# Discusiones en torno al saber y a la educación a partir de las epístolas de Francesco Petrarca

Victoria Manerchia Masara<sup>1</sup>

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

[vmanerchia@gmail.com](mailto:vmanerchia@gmail.com)

## Resumen

La educación humanística se presenta como la consagración del hombre y apunta hacia su libre formación; la cual, a su vez, se opone a la educación medieval que propone esquemas más rígidos y una subordinación a las autoridades. Frente a este panorama, y a partir de las cartas “Subida al monte Ventoso” y “La ignorancia del autor y la de muchos otros” de Francesco Petrarca, el objetivo de este trabajo es analizar las transformaciones y discusiones que se dieron en torno a la educación, teniendo presente la tensión que hubo entre la filosofía entendida como libre investigación racional de la verdad y la filosofía como lectura y comentario vinculado al libro y al autor. De esta manera, no solo se ahondará en las diferentes concepciones de saber que compitieron entre sí durante los siglos XIV y XVI, sino que también se profundizará en las distintas formas de estudiar la realidad, de leer a los antiguos griegos y latinos, y la manera en que estos fueron aprovechados y, en algunos casos, forzados para ser adaptados dentro de estas dos estructuras educacionales.

**Palabras clave:** educación humanística; escolástica; Francesco Petrarca; libro; antigüedad.

## Convivencia y tensiones educacionales

La revolución intelectual que aconteció en Europa durante los siglos XIV y XVI evidenció las tensiones y transformaciones que se produjeron en torno al sistema educativo del momento. Durante esos siglos, ante una educación medieval que proponía esquemas más rígidos y una subordinación a las autoridades, surgió una nueva forma de enseñanza: la educación humanística. Esta se presentó, a grandes rasgos, como la consagración del hombre, apuntó hacia su libre formación e incentivó el surgimiento y desarrollo de las humanidades como las artes, la literatura, las ciencias y la religión. Por ese motivo, este trabajo estará estructurado en tres partes: en primer lugar se hará un breve recorrido sobre las transformaciones e intereses que existieron dentro de la educación medieval, luego se observará el contexto en el cual surgió el humanismo y la propuesta educacional que trajo consigo y, por último, se analizará la manera en que estas transformaciones y tensiones se

---

<sup>1</sup> Victoria Manerchia Masara es estudiante de la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires y está próxima a graduarse dentro de la orientación de literaturas extranjeras. Este año ingresó a la cátedra Literatura europea del Renacimiento como adscripta, llevando a cabo un proyecto de investigación en torno a la educación y el saber durante los siglos XIV y XVI.

hicieron presentes en las epístolas “Subida al Monte Ventoso” (1361) y “De la propia ignorancia y muchas otras” (1367) de Francesco Petrarca.

Durante la mayor parte de la Edad Media la educación se impartió en escuelas monacales que tenían como objetivo instruir a aquellos que formarían parte del clero. El tipo de conocimientos que circulaba en estas escuelas estaba vinculado principalmente con la Iglesia: se enseñaba a leer y escribir, y también nociones de la liturgia, oraciones y conocimientos de la Biblia. Era una enseñanza fundamentalmente memorística, ya que los alumnos debían repetir lo que se les enseñaba hasta aprenderlo. Por este motivo, estudiar en este momento significaba leer y glosar. Tal y como sostiene Eugenio Garín en *La educación en Europa* (1987), la enseñanza como un diálogo entre maestro y discípulo se concretaba en una aclaración al margen o entre líneas de un autor o de un texto. Es decir, el proceso de saber era un comentario o un comentario de un comentario.

A las escuelas monásticas les sucedieron las escuelas episcopales. La cultura salió de los monasterios y, frente a una forma rigurosamente ordenada, regida por reglas precisas, comenzaron a oponerse las escuelas diferentes, diversamente especializadas, donde la discusión pública y la polémica fueron centrales. De esta manera, se logró que la dialéctica asumiera una función preponderante.

De estas escuelas finalmente surgieron las Universidades en el siglo XIII, las cuales tuvieron una función decisiva en el desarrollo del saber. En ellas existía un respeto reverencial a lo que estaba escrito, debido a que dentro del sistema educacional medieval se le daba mayor importancia a la autoridad del texto que se estaba estudiando que a la experiencia y al mundo real. Por este motivo, el objetivo del saber no era el hombre ni el mundo, sino lo que “estaba escrito” en páginas sobre el hombre y el mundo. En otras palabras, su fin “no es una formación humana o una forma de liberación del hombre, sino que es la adquisición de técnicas para entender los textos, resolver dudas de las lecturas y resolver problemas que pueden engendrar posibles opiniones enfrentadas” (Garín 1987:61).

Más allá de estas transformaciones, la escuela medieval continuó al servicio de la teología. En ella se leían y enseñaban autores clásicos, pero las interpretaciones que se realizaban se alejaban del sentido que los antiguos le habían dado a sus textos. Esto se puede observar, por ejemplo, en la manera que fragmentaban las obras antiguas con el fin de imponerles un carácter y una apariencia cristiana. Sin embargo, ante esta forma de interpretar y forzar al mundo clásico a las necesidades de la época, surgió la escuela humanística que, a diferencia del escolasticismo, veía a los antiguos como hombres con una

biografía, una historia, pasiones, opiniones y vivencias a los cuales no solo había que leerlos, sino también entenderlos dentro de su propio contexto.

Francesco Petrarca fue uno de los tantos críticos de la escolástica, ya que, para él, este tipo de enseñanza se enfocaba solo en datos y especulaciones sin consecuencias prácticas; algo de lo cual los *studia humanitatis* buscaron apartarse, puesto que el sistema educacional que proponía no limitaba el diálogo a los antiguos ni identificaba a los clásicos simplemente como griegos y romanos: creían y defendían el principio de que al hombre se lo educaba poniéndolo en contacto con otros los hombres y con sus historias. Solo de esa manera la mente estaba casi obligada a encontrarse consigo misma, a tomar posición y a dictar palabras propias y precisas. Es decir, no entendían la educación solo como la transmisión de puro contenido, sino que, además de eso, esta debía proporcionar las herramientas necesarias para que los estudiantes se convirtieran en hombres capaces de actuar.

La trayectoria de Francesco Petrarca anticipó el camino que tomarían gran parte de los humanistas que lo sucedieron. Él, tal y como afirma Francisco Rico (1997), dedicó la primera mitad de su vida a empaparse de la Antigüedad y, a su vez, elaboró una obra latina de impecable clasicismo. No solo copió, coleccionó y anotó sus obras, sino también trató de corregir sus textos y apropiarse de su estilo e ideas. En la epístola “Subida al monte Ventoso”, Petrarca se presenta como un hombre dividido; un hombre que oscila entre dos épocas, entre la vida contemplativa y la vida activa. El ascenso a este monte comienza “por el deseo de contemplar un lugar célebre por su altitud” (Petrarca 2000:25) y termina convirtiéndose en un viaje que expone sus indecisiones y dilemas interiores; los cuales son disparados por un fragmento que lee del libro *Confesiones* de San Agustín que resultó perfecto para esa ocasión: “Y fueron los hombres a admirar las cumbres de las montañas y el flujo enorme de los mares y los anchos cauces de los ríos y la inmensidad del océano y la órbita de las estrellas, y olvidaron mirarse a sí mismos” (Petrarca 2000:32)<sup>2</sup>.

Lo interesante para esta investigación es la manera en que el conocimiento aparece representado en un objeto material: un libro. Anthony Grafton en “El lector humanista” (1998), sostiene que la actitud de Petrarca de llevar consigo un ejemplar de las *Confesiones* de San Agustín es un gesto muy moderno. El libro que durante la Edad Media estaba

---

<sup>2</sup> Al comienzo de la epístola, Petrarca hace mención a un fragmento de la historia romana de Tito Livio, en el cual Filipo, rey de Macedonia, asciende el Hemo, una montaña de Tesalia. Esa lectura lo incentiva a realizar el viaje al Monte Ventoso; sin embargo, también presenta otra cuestión importante para esta investigación: el rol de las autoridades y las fuentes. Petrarca, ante esta situación, prioriza la experiencia por encima de la palabra de las autoridades: “[...] si pudiera tener experiencia directa de aquel monte con tanta facilidad como la que he tenido de este, despejaría rápidamente la duda” (Petrarca 2000:25). Es decir, muestra una postura que se aleja de la concepción medieval que se desarrolló previamente en este trabajo.

destinado a salas oscuras y cerradas, en esa carta aparece acompañando a Petrarca para ser leído en la cima del monte. Es decir, el libro también comienza a realizar su propio recorrido; se convierte en un compañero que lo hace pensar y reflexionar sobre la división en la cual se encuentra atrapado. No es un libro que lee, comenta y memoriza. Todo lo contrario. Este lo hace pensar, meditar y, sobre todo, le hace dar cuenta que le está prestando más atención a lo terrenal que a lo espiritual:

[estaba] enfadado conmigo mismo porque incluso entonces había estado admirando las cosas terrenales, yo que ya para entonces debía haber aprendido de los propios filósofos paganos que no hay ninguna cosa que sea admirable fuera del espíritu, ante cuya grandeza nada es grande (Petrarca 2000:33).

De esta manera, envuelto en silencio, se mira con sus ojos interiores y, a su vez, comienza a compararse con San Agustín. Toma una cita de él y la traslada a su propia experiencia, dotándola de un nuevo sentido. Una acción que se verá luego en otros humanistas que, como afirma Grafton, trataban a los libros como ventanas a través de las cuales podían conversar con los venerados antiguos. El saber que se adquiría a través de los libros y la lectura de los antiguos apuntaba a la libre formación del hombre con el fin de que esos saberes fueran aplicados en su vida y en las distintas experiencias que debía atravesar.

La lectura de San Agustín, tal y como se puede leer en esta epístola, provocó en Petrarca un cambio en su forma de ver la vida. Despertó en él un estado de introspección que finalmente dio lugar a una transformación que lo elevó más allá de lo terrenal. El sujeto que ascendió al monte no es el mismo que desciende. Este camino se puede leer como una metáfora sobre el recorrido que debe hacer el hombre hasta alcanzar la contemplación interna y espiritual. “Asimismo, se interponen muchas colinas y es necesario avanzar de virtud en virtud, por preclaros peldaños. En la cima se halla el final de todo y el término del camino al que nuestra peregrinación se orienta” (Petrarca, 2000:28-29). Los obstáculos que se presentan durante el ascenso al Ventoso representan aquello que le impide llegar a ese punto máximo de espiritualidad. Sin embargo, con gran esfuerzo, logra superarlos y alcanza su meta: llegar a la cima donde tiene un momento para meditar y finalmente comprende que no estaba leyendo como debería a los antiguos. Haciendo una lectura alejada de las interpretaciones que circulaban en ese momento, Petrarca accede al conocimiento que gira en torno al alma. Con este descubrimiento, hay un reconocimiento de sí mismo que lo impulsa a la aceptación moral tanto de su vida como de sus actos. De esta manera, la palabra de San Agustín opera con una condición dialéctica que impulsa a este lector humanista a la reflexión; un estado de difícil acceso. Apartar la mirada de lo terrenal se convierte en una forma de autoconocimiento que se pone en juego en esta carta

y que, a su vez, evidencia uno de los rasgos modernos que tiene Petrarca a la hora de escribir: “el carácter eminentemente personal, subjetivo y por así decirlo individualista de sus escritos” (Kristeller 1970:27).

Continuando con esta tensión que se produce entre la educación medieval y la humanística, se encuentra otra epístola de Petrarca, “De la propia ignorancia y de muchas otras”, en la cual se pone aún más en evidencia el contraste que hay entre la filosofía como libre investigación racional de la verdad y la filosofía como comentario del libro y del autor. En ella el ataque está conducido principalmente hacia las personas que conforman el aristotelismo más extremo. A una filosofía que es solo *disputatio* y comentario de una verdad alcanzada en la sustancia, que sólo clarifica y desarrolla sus particularidades, se va a oponer una filosofía que es de investigación múltiple, discusión, análisis y pluralidad de concepciones del mundo y de la vida.

A lo largo de toda la epístola se puede apreciar una fuerte reacción contra el latín escolástico, la esterilidad de la lógica determinista, la opresiva dictadura de Aristóteles y las malas traducciones que hay del filósofo antiguo. “Aunque la razón aconseje callar, la indignación, natural, según creo, y un justo dolor me arrancan estas palabras. [...] el adversario no es nuevo, aunque su modo de combatir sea insólito” (Petrarca 1978:162-163). Petrarca acusa a los escolásticos no sólo de leer a Aristóteles sin tener contacto directo con sus fuentes originales, sino también de distorsionar sus ideas. Para la escuela medieval, este filósofo era una de sus principales autoridades y, a su vez, su figura fue utilizada para demostrar que la única verdad era la verdad cristiana. Esto ocurrió principalmente porque los comentaristas medievales buscaban y descubrían en el texto clásico un pleno significado cristiano. En otras palabras, leían a los antiguos por fuera de toda dimensión histórica. Algo que sí intentó buscar el humanismo, ya que la restauración de la Antigüedad, retomando a Garín, fue el “descubrimiento” del hombre como individualidad histórica, concreta y determinable. Mientras en la Edad Media leían a Aristóteles a través de las traducciones y comentarios que lo acercaban al cristianismo, los humanistas trataron de acceder al Aristóteles original con el fin de leer el significado que el autor le había dado a cada una de sus palabras. Por este motivo, Petrarca es un “claro ejemplo de la posibilidad para los humanistas de rechazar el escolasticismo aun siendo cristianos convencidos y conciliar su formación clásica con la fe religiosa” (Kristeller 1970:25). Tanto la fe como la figura de Dios fueron temas muy frecuentes en sus textos, debido a que uno de sus mayores intereses era recuperar y leer a los clásicos cristianos junto

con los clásicos paganos sin tener que aplicar los métodos de educación, traducción y comentarios que eran utilizados por la escolástica.

Una de las primeras críticas que Petrarca le hizo a los aristotélicos es que, por propia voluntad o por error, se apartaron de sus maestros, alejándose de la filosofía de la elocuencia y acercándose más a una filosofía materialista que descuidaba la parte espiritual del alma. Por ejemplo, en el apartado II de esta carta cuestiona: “¿De qué nos sirve conocer la naturaleza de fieras, aves, peces y serpientes e ignorar, menospreciar, en cambio la naturaleza del hombre, sin preguntarnos para qué hemos nacido ni de dónde venimos ni a dónde vamos?” (Petrarca 1978:168).

Continuando con las críticas, también polemizó acerca del rol que se le dio a Aristóteles como autoridad:

Yo pienso que Aristóteles fue un gran hombre, de enorme saber, pero que, como cualquier ser humano, ignoraba algunas cosas, por no decir muchas. Y diré más, si esos sectarios que a la verdad anteponen su escuela me lo permiten: creo que, sin lugar a dudas, ese filósofo griego no sólo se equivocó plenamente de camino en menudencias, en las que el error no sería importante ni peligroso, sino en lo fundamental, en aquello que toca a la salvación eterna (Petrarca 1978:178).

¿Qué es la verdad? Petrarca va a considerar como única verdad a la fe primitiva. Para él, conocer a Dios era la verdadera y más alta filosofía, entrelazando así el conocimiento del hombre con la religión. Es por ello que en esta epístola manifiesta constantemente su rechazo por la lectura cristiana que se realiza sobre Aristóteles. Por un lado, intenta romper con esto al afirmar que este filósofo fue un hombre que se pudo equivocar, quitándole el “endiosamiento” que sus seguidores escolásticos le habían dado. Un rasgo que también sostuvieron otros humanistas, puesto que, como se mencionó previamente, ellos veían a los antiguos como personas que vivieron en un lugar y época determinados, y no como autoridades absolutas. Es decir, la escuela humanista no los consideraba solamente como textos que había que leer, sino, más bien, los veía como autores que escribieron en un contexto determinado que la escolástica no tuvo en cuenta. Por eso, las críticas hechas por Petrarca iban dirigidas a esos lectores que solo seguían las interpretaciones erróneas de la época, fundamentadas mediante el prestigio que tenía determinado autor. Por consiguiente, frente a esta posición central que se le dio a Aristóteles, Petrarca colocó en escena a otros antiguos que para él merecían ser recordados: “antes de su nacimiento, hubo otros sabios tan ilustres como él, cuando menos: Homero, Hesíodo, Pitágoras, Anaxágoras, Demócrito, Solón, Sócrates y Platón, el príncipe de la filosofía” (Petrarca 1978:201).

Por último, otro punto pertinente para este trabajo es la lectura que Petrarca hizo sobre la docencia, la cual define recurriendo a una cita de Cicerón: “No sólo existe un arte de saber, sino también un arte de enseñar” (1978:193). Educar requiere de una técnica

adecuada para expresar los conceptos y grabarlos en las mentes ajenas, sin caer en ideas que puedan resultar confusas y contradictorias. En esta concepción de enseñanza es donde se hace visible el camino buscó tomar la educación humanística. Quienes formaron parte de este sistema educativo afirmaban que su fin era acercarse a las ideas de los textos clásicos sin manipularlas ni deformarlas como, por ejemplo, Petrarca decía que hacían los aristotélicos. Son estos sujetos que hablan a partir de comentarios e interpretaciones quienes representan la ignorancia que le da título a esta carta.

El saber no tiene valor por sí mismo, a menos que vaya de la mano con la vida moral. Por ese motivo, según la concepción de Petrarca, este debía ir en relación con la ética y la elocuencia que se hizo tan presente en los antiguos. Esta combinación era la que finalmente le daba al saber la claridad que se necesitaba para poder transmitirlo y, al mismo tiempo, aplicarlo en la búsqueda hacia la interioridad y en la experiencia de vida de los hombres. La filosofía debía hacer que estos reflexionaran sobre sí mismos y su condición hasta lograr que se hicieran cargo del estado en el que se encontraban y hallaran la mejor forma de actuar conforme a las herramientas que poseían. Solo así se podían encontrar a los mejores filósofos y maestros que, como definió Petrarca, eran “aquellos cuyo objetivo es volver mejores a sus lectores y oyentes y que, además de explicar la esencia de la virtud y la del vicio, voceando sus nombres, saben infundir en los corazones un ardiente amor por el bien y una irresistible repugnancia del mal” (Petrarca 1978:199).

De esta manera, y ya a modo de conclusión, tanto para Petrarca como para el movimiento humanista, la educación tuvo un valor fundamental. La filosofía moral, unida con la elocuencia, se convirtió en una herramienta para la reflexión del hombre sobre sí mismo, el mundo, las cosas y el espíritu. Esta nueva forma de apreciar el conocimiento despertó profundas tensiones con la educación tradicional de la época, la escolástica, que ofrecía un tipo de aprendizaje con una rígida subordinación a las autoridades. Por el contrario, el humanismo, siguiendo la definición propuesta por Rico (1993), era un saber que acompañaba al hombre en las más variadas circunstancias y que buscaba convertirse en una alternativa total frente al mundo y a la educación que sus miembros despreciaban. Sin embargo, más allá de las tensiones, a lo largo de los siglos XIV y XVI los libros humanistas que aspiraron satisfacer todas las necesidades se encontraron en una negociación constante entre lo medieval y lo moderno. La forma en que los humanistas veían y presentaban a las autoridades antiguas logró, por ejemplo, que a comienzos del siglo XVI se dejaran de distribuir gran parte de los comentarios medievales que no eran de su agrado. Esto no significó la eliminación total de los comentarios, sino que, como sostiene Grafton, fueron

reemplazados por otros que tenían una mirada más moderna. Este cambio llevó a que el texto humanístico ocupara una posición similar que la *auctoritas* medieval: “los nuevos comentarios acotaban y condicionaban el texto de igual modo que los antiguos. [...] el texto parecía importante no sólo por sus propias cualidades, sino también porque estaba sujeto nuevamente a un sistema de enseñanza e interpretación” (Grafton 1998:318).

Es por ello que, frente a este contexto de transformaciones, cambios y discusiones en torno a los sistemas educativos de la época, Petrarca propuso regresar a la lectura de los antiguos con el fin de recuperar el sentido original de sus textos. La palabra se convirtió en un instrumento fundamental de la cultura del hombre y de su ánimo, ya que, para él, esta debía lograr que el hombre piense, medite y aplique dichos conocimientos en su vida diaria. Además, dentro de sus reflexiones en torno al saber, se encuentra su inclinación por la pluralidad de voces a la hora de leer a los antiguos. Esto se observa principalmente con la posición que adopta frente al aristotelismo más extremo y cómo coloca en escena a otros filósofos como, por ejemplo, Platón. Por último, Petrarca también manifiesta en estas epístolas que la transmisión de conocimiento debía realizarse con claridad e ir de la mano con la vida moral. De lo contrario, las discusiones y las instituciones educativas se estructuraban sobre palabras vacías que las personas ignorantes reproducían automáticamente. La educación, para él, no se trataba solamente de impartir conocimientos, sino también hacer que los hombres fueran mejores.

## Referencias bibliográficas

- Garin, Eugenio. 1987. *La educación de Europa, 1400-1600: problemas y programas*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Grafton, Anthony. 1998. “El lector humanista”. En *Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus. pp. 283-328.
- Kristeller, Paul. 1970. *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*. México: Fondo de Cultura Económica. pp. 12-34.
- Petrarca, Francesco. 2000. “Familiares IV”, 1. En *Petrarca, Bruni, Valla, Pico della Mirandola, Alberti, Manifiestos del humanismo*, Barcelona: Península. pp. 25-35.
- Rico, Francisco. 1978. *Petrarca. Obras I. Prosa*. Madrid: Alfaguara. pp. 161-223.
- \_\_\_\_\_. 1993. *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Madrid: Alianza.